

Juan Gonzalo Rose

INFORME AL REY

y otros libros secretos



INFORME AL REY Y OTROS LIBROS SECRETOS

JUAN GONZALO ROSE

**INFORME AL REY
Y OTROS LIBROS SECRETOS
(1963-1967)**

CMB  **EDICIONES**

Informe al rey y otros libros secretos

COLECCION: ERNESTO CHE GUEVARA

Diagramación y diseño: c. milla batres

Reservados todos los derechos

© CMB/ediciones

Primera edición

Lima, octubre de 1969

Impreso en el Perú

JUAN GONZALO ROSE / editado por CARLOS MILLA BATRES

INFORME AL REY Y OTROS LIBROS SECRETOS

Este volumen abarca cinco libros de poesía, diversos entre sí, escrita en Lima, Europa y norte de Africa entre 1963 y 1967, año éste en que el poeta escribió *Informe al rey*, el cual por preferencia del editor introduce el volumen quebrando el orden cronológico.

INDICE

I. INFORME AL REY (1967)	11
II. DISCURSO DEL HURANO (1963)	39
III. LOS BARBAROS (1964)	47
IV. ABEL ENTRE LOS FIELES (1965)	57
V. PANFLETO DE LA SOLEDAD (1966)	67

I

INFORME AL REY

(1967)

INFORME AL REY

(1561)

*a Guamán Poma de Ayala, buen escribano,
mal literato, hombre magnífico.*

MACHU PICCHU

Machu Picchu, dos veces
me senté en tu ladera
para mirar mi vida.
Para mirar mi vida
y no por contemplarte,
porque necesitamos
menos belleza, Padre,
y más sabiduría.

NATA NATAL

Yo te perdono, Lima, el haberme parido
en un quieto verano
de abanicos y moscas.

Por varias veces fui
lejos de tu pechuga y conocí avenidas
con el pelo rapado,
divanes consumidos por las pulgas
prendadas de mi cuero; pero también hamacas
colgadas de la luna.

Y en todas partes, Lima, te extrañaba.
Más que pasión
la mía, es tu mala costumbre de quererme
casi sin consultarme, de servirme en la cama
garrafas de agua viva
traídas por doncellas
y pajes malandrines.

Yo te perdono, antigua, tu chochera conmigo,
mi chochera contigo, nuestros ambos cariños
al pie de la mampara.

Tristes reliquias somos
de un hermoso país
que jamás conocimos.

CONFIDENCIA

Arnold, debo contarte
que en mi país hay una catedral
donde las golondrinas musitan,
se besan y se cagan;
y en esa catedral hay un cadáver
de lonjas y armaduras, perfumado
cual nunca lo estuviera en la milicia
que eligió por oficio;
es el cadáver de un ladrón que tuvo
permiso para matar . . .
debes haber oído su nombre en las tabernas
melancólicas que bordean el Támesis:
don Francisco Pizarro, español ganapán,
pellejo duro, devoto hasta las cachas.

Debo contarte, Arnold, que este cadáver vive
sentado entre nosotros,
disfrazado de todas las maneras.
A veces tú deseas acostarte
con alguna mujer sobre la playa
y en ese instante llega su cadáver.
A veces tu deseo es solamente
caminar en un parque recordando
al buenazo de Shubert y a sus lentes
mojados por la lluvia,
y el cadáver asoma abajo de una banca
y te exige las huellas digitales,
los rastros que dejamos en la lenta
baranda de un navío.

Aquí
no very good, Arnold querido,
porque el cadáver,
al primer descuido,
moja sus dedos sucios en el vino.

LIMA, CIUDAD DE LIMA

Aquí el gas nostalgia
su líquida frescura
y el líquido nostalgia su honor
de estambre sólido.
Mi amigo provinciano nostalgia sus yerbales
donde las mariposas se consumen con las alas extensas
y mi amigo Fernando Limeñísimo
nostalgia los atlánticos países
que nunca ha conocido.

(Yo me nostalgio de tus manos largas
elevando las ostras a los labios
de las noches de Génova)

Entre los cercos de los días grises
corretea el lebel de la nostalgia.
Aquel que tiene dientes se adormila
por la nariz de la nostalgia husmeado
y el que ni dientes tiene se despierta
sintiendo entre los pies esa delicia
que puede ser el sol, una nostalgia,
un gato:

igual nos da, ciudad,
mientras tengamos huesos para roer,
sillones en los cuales se oxidan los enojos,
armarios donde siempre se perdieron planetas y pañuelos...

Ciudad de la nostalgia
te nostalgio
si me voy a Jamaica,
o si me afiato
valseando alrededor de tu sombrero.

FE, ESPERANZA Y CARIDAD

Aquí, mi Rey, se ven por todas partes
monasterios e iglesias
bellamente tallados
(veces hubo
mi cuerpo delfín en su penumbra,
mientras cirios tañidos por el éxtasis
alargaban los dedos de los ángeles)

¿Y dónde están las catedrales
del que jamás creyó,
del que perdió la fe cuando espiaba
por el ojo del buho?
¿Dónde se alzan los templos
del idólatra, del que no tuvo tiempo
para pensar en su alma
porque sus tripas eran
más vacías de carne
que el sagrado misterio?

Debes cambiar, mi Rey, tus pregoneros
en estas tierras de indios, de pobres
y hechizados. ¿Dónde el lugar abierto
para sus abluciones y para sus rodillas
que de pronto se hincan en el coro
dobladadas por el peso de la piedad,
la embriaguez o los gritos
del jefe policial?

Otros sean, distintos,
Monarca Serenísimo,
tus altos pareceres:
así estaremos muchos en el Día de Gracias
y no solo los pocos que adorándote traman
leches aguadas, Cajamarcas crueles.

A LA ORDEN

Zampado el aire. El agua
ya zampada. Y en el palacio
alguien se ha zampado.

Aquí se zampan desde antiguo.
El Inka se zampó sobre los valles
defendidos apenas por el humo.
Hediondos españoles se zamparon
al templo de la luna.
Luego los militares:
se zamparon.

Y así de zampadera en zampadera
fuimos de siglo en siglo,
de aldea en aldea,
de festejo en festejo:
¿quién no se zampa a una fiesta el sábado?

Los más puros subieron los breñales.
Comenzó la camorra.
Entonces los zampones invocaron
el óxido del héroe,
la peluza del santo,
pronunciaron discursos,
organizaron sabias colectas de dinero...

Y con sus estandartes de burla y platería
la paz
restablecieron.

CANTICO DEL ORONDO

Dios de los Cristianos, Dios
de los Croatas, Dios de las Vírgenes
Enlutadas,
Dios de los Hombres Cubiertos por Escamas,
si me dices una oportunidad
de arrepentimiento,
una sola oportunidad
de redimirme en el nombre de la sangre
o del vino cuya lana me arropa
y me ilumina, yo,
sin pensarlo dos veces, sin dudar como el centurión
o el apostador de caballos,
rechazaría tu gracia y tu clemencia.

Estoy demasiado viejo
para ensayar otro papel en el coro
o en la fila taciturna que se inclina
para mirar el ojo premiado de la noche;
demasiado achacoso para sentirme hermano
de mi hermano,
o enemigo del taura que le pisa
su hermosísima cola
solo porque le aburre la película;
yo, hijo de Rosa y también
hijo de Octavio, te pido que me conserves
saludable en esta ciudad
plagada por el delirio y las grandes
y pequeñas corruptelas de las cuales
nos nutrimos,
en defensa del hipo o de las regias
costumbres vespertinas

las familias faustuosas y
así mismo
los hijos de Rosa y los hijos de Octavio.

Degüella,
Dios de los Incrédulos y Dios de los que te aman,
degüella
al que contempla con desprecio
nuestra gleba,
al que intente
cazorro
transformar al Perú.

JOTA

Me jalaron de la jeta
hasta la orilla. Pudiese ser
que el método no sea pedagógico ni,
menos aún, método tierno;
pues no resulta justo que uno viva y,
a poco de nacido,
lo jalen de la jeta hasta llevarlo
a la famosa orilla.

Pero si luego,
si después de jalarnos de la jeta
por años luz, por jorobados meses,
por alambres, por noches embobadas:
la tan ansiada orilla fuese,
serena y dignamente,
principio de algo serio, mar
lumínico, comprobada verdad,
dique de los espantos que nos pinchan:
resultaría el método explicable.

La desgracia, mi Rey,
es que esta orilla
o bien no orilla nada o mal conduce
a la constante duda:
pasto de la paciente neurastenia
y sólo en Fausto duda cojonuda.

Mas como soy peruano
y no aguanto
que conmigo tan sólo se las jueguen,

al primero que agarre me lo llevo
jalándole la jeta hasta la orilla.
No es venganza. ¿Quién te dice, Guamán,
tú que jalaste mula y papel
por el camino angosto,
que de tanto jalar
la vida avanza?

Al menos, si de tal proceder
no resultamos ni doctores, ni jueces,
ni hacedores de haciendas
o sermones, seremos al final
del largo viaje
cumplidos servidores de la ley
y ejemplares, pacíficos
jetones.

GASTRONOMIA

Para comerse un hombre en el Perú
hay que sacarle antes las espinas,
las vísceras heridas,
los residuos de llanto y de tabaco.
Purificarlo a fuego lento.
Cortarlo en pedacitos
y servirlo a la mesa con los ojos cerrados,
mientras se va pensando
que nuestro buen gobierno nos protege.

Luego:
afirmar que los poetas exageran.

Y como buen final:
tomarse un trago.

PREDIOS DEL REY

¿Quién es el Rey? ¿quién es el Rey?
preguntan.

El Rey es lo que queda después de los incendios.

El Rey sólo es el Tiempo.

Y esto, Guamán,
el Rey no lo sabía.

DERECHO A VOTO

Ahora
vivimos muy orondos porque alguien
de otro planeta;
o tal vez de una estrella lejanísima
donde el sol es apenas el recuerdo
de una encina quemada;
porque alguien, decía,
puede caer del cielo entre las muchedumbres y
revistando frentes, lunares, cicatrices,
dirigirse a nosotros, a uno de nosotros
los menguados
y decir simplemente:
eres Tú, eres Tú;
es a ti
a quien buscamos
a través de los siglos, remontando galaxias,
miríadas, teogonías;
eres Tú el final de nuestro viaje vertiginoso,
tan aterrador como inclemente;
sólo después de hallarte
conoceremos la delicia del sueño.
Si yo soy elegido
¿qué haré con mi Poder?
¿Implantaré la justicia en esta tierra
despiadada, o agotaré las posibilidades
del amor en un camastro
rodeado de abedules?
Si Tú eres el electo
—pues ha pasado el tiempo
de los usurpadores—
¿qué harás con tu poder...
enano enorme?

EL CEPO SUBLEVADO

Si adánicos somos bauticemos
otra vez a las cosas,
otra vez al enigma
y a los fornicadores animales;
porque los viejos nombres ya se han roto
como huevos de avestruz...

si no somos adánicos
dejemos que el clavel perfume y sea
en dichosos idiomas
sólo un triste clavel:
eso era, Guamán, el viejo asunto
(y eso explica tu mula y tu largueza)
darle nombre a los nudos del ovillo
para que el Rey sabiéndolo se sepa,
apodar con acierto tijuanas y viñedos
y tenderse a dormir en la pelliza
bajo la viga mayorazga
que por igual construyen
los odores regios y los regios prudentes...

Ahora es otro el maltratado asunto:
porque de tanto y tanto
sacarle brillo a los mercados bronces,
y ponerle limón a la ensalada,
y ponerle talento a la pericia,
y ponerle materia a la energía

y a la propia energía despuntarla
para que nos corone con sus nieves eléctricas...

ya la mula cansada,
ya curcuncho el metal de perfecciones,
hipante ya la voz de los oráculos,
ya el átomo escaldado:
no quieren ni vestirnos, cargarnos, campeónarnos,
besarnos, embutirnos, desasnarnos;
sino sencillamente, en cruel desobediencia,
hacernos polvo, migajón, piltrafa,
o cual dijera Carbajal El Viejo
“mandarnos a la mierda sin excusas”.

Y si es así, mi galopante Ayala
¿qué hacer en la gleba o en el atrio
si solo somos flacos escribanos?

Al menos pienso
—y al pensarlo sudo—
que con fidelidad al ojo astuto,
debiéramos huir de los oficios, del canje,
del planificador y sus pendientes y,
sin pensarlo mucho,
irnos a ver el mar, el cuerpo,
el fruto.

DINASTIA

¿Y tiene algo que ver?
Pertenezco a la raza paridora de profetas,
acusada de Deicidio y avaricia.

A la raza en cuyas bóvedas,
techadas por el miedo y el orgullo,
se acuñaron las convocantes neurastenias
que gobiernan el mundo.

¿Y tiene algo que ver
con mi modo de sentarme en las tardes calurosas,
tan propensas a las legislaciones?

Mi raza de bellacos y salmistas
conoció el rayo negro de la admonición:
"Bórrese, judío, de tu lengua la sal,
las posibilidades del desacato y el arrepentimiento,
el agua lisa de las abluciones;
adelgácese tu pecho de madera
lejos de las viñas del Señor".

¿Y qué tienen que ver con todo esto
mis riñones enrojecidos y melancólicos?

Dejemos que el misterio deposite
en nuestro cuero antiguo y perseguido
sus huevecillos maravillosos.

LIEBRE DE MADERA

Pudiese ser que el sol,
único sol
que las veloces infancias persiguieron
jineteando la crin de la cañada y
después en esos parques
donde el amor era una lengua larga;
sol buscado en las noches de las viejas ciudades
con su plumaje espeso enterrado en criptas
y bodegas;
sol en cuyas hurganzas
la castidad perdimos cual perdimos
en hoteles sin agua la paciencia;
pudiese ser, decía,
que ese anhelado sol
tras cuya sombra fuimos
dejando atrás los padres
y los hijos:
ya lo hemos alcanzado, ya fulgura
modesto en la aceitera,
aquí en el corazón
y en nuestro modo de mirar los autos...
solo que ahora,
Guamán Poma de Ayala,
solo que ahora estamos
tan cansados,
tan conformes a ser paliza y trago,
que importa poco al pico la reverenda luz:
tal el cansancio.

Tal el cansancio
¡oh pertinaz mulero y escribano!
Tal el cansancio en el que vamos juntos
ansiosos de pisar yerba soleada
y con el sol
quemando nuestros labios.

¡Qué tarde hallamos, Poma!
¡Y si temprano hallamos,
cuánta advertencia falta!
Siempre en la piedra poma de la carne
afilase el deseo,
aun cuando cumplido.

Bebamos, pues,
choca tu vaso
y calla.

HEREDAD

A ti, a mí
¿qué nos enseñaron los profesores
y los padres espléndidos?
No la felicidad o la paciencia.

La escasa sabiduría
la aprendimos en alcobas donde alguien
proyectaba las iniciales de un apellido solitario,
en la resaca del arrepentimiento,
en las tardes de los domingos sin amistad
ni propósitos definidos. Otras ciencias
las devoramos en hoteles maliciosos,
tambos de los viajes que emprendimos
en la estación de las grandes neblinas,
cuando nuestra cabeza
era una cisterna de aguas negras y
ni la verdad
ni el amor
nos consolaban.

¿Dónde, dónde
el maestro ciruela y los padres magníficos?

En la búsqueda,
en el anhelo casi delirante
de hallar una libélula
ardiendo entre las páginas del libro,
o aquí,
donde el corazón empieza su forma de daga,
solo la sangre
de los amigos masacrados en huesudas campiñas
cuando hurgaban verdeantes la justicia

tuvo para nosotros
la reconfortante apariencia del fuego,
el sabor de los vinos que confieren la aterradora lucidez.

Sin embargo —y sin compararnos
con el diligente Cieza:
bodeguero exitoso— algo de miel acumulamos
gracias a los glosarios repetidos hasta el berreo
en los embarcaderos del insomnio;
gracias, principalmente, a la altanera
y dolorosa experiencia que nos mostró
los hilos de las difíciles asociaciones;
y, hasta con altanera dignidad,
podríamos decir nuestro discurso
cuando los vástagos se reúnan en torno del cerezo.

Pero aquí viene, Poma, lo que los tontos
llaman las ingratas sorpresas
y los bien advertidos denominan
el conocer un poco las vueltas de la tuerca:
cuando uno es joven, aunque no lampiño,
espera seriamente ser oído,
e incluso aclamado,
a fuer de original y sabio hediondo,
bajo la roja sombra del cerezo;
sólo después, en la vejez temprana,
en el Día del Comprador y la Cirrosis
que no distingue entre lectores y escribanos,
uno comprende, Ayala,
que otros son sus asuntos,
que los infantes sueñan sueños que no entendemos...

Y con la lengua tiesa,
bien adiestrada en el informe regio,
huimos por la puerta de la sala.

TUERZO, LUEGO EXISTO

A veces le pregunto
a mis preguntas
¿por qué no soy tan solo
un escribano
calígrafo y prolífico
que al Rey le testimonia?
¿por qué me trueco en juez,
en flaco sentencioso
y mando a ciertos tíos
a las calvas Alaskas;
mientras que a otros,
atendiendo al honor de sus honores,
los envío al Janeiro de soles y tamboras?

¿No será, la mía, una manera
de echarle tierra al ojo
de algún juez verdadero,
un método muy lírico
de engordar mis flaquezas,
de distraer al cazador del oso
y teñir con vientos mozeriles
mi cansado sombrero?

Me respondo que tuerzo,
luego existo.

Pero eso sí, mi Rey,
vivo luchando por torcerme poco,
en vez de mucho, en vez de demasiado:
es un viejo derecho del escriba
mirar la viga en el ojo ajeno
y disculparse en el papel sellado.

ESCRIBANO EN LA BALANZA

Y después de servirte
e informarte,
de transitar a mula tus ministerios grises,
los plácemes del sol, las gargantúas de las soledades;
después del recorrido
y de los testimonios
escritos en papeles y tijuanas,
se cumplirá tu ley, Rey
Severísimo: muerto seré:
ni siquiera pichón de cacatúa,
coraza de ostras, cachibache ardiendo:
sensatamente un muerto.
Un hombre muerto.
¿Y la frase pensada subido
en un camello? ¿Y el poema
que dije conversando con Walter,
y mis leyes de Niza, y mi ópera
al sacarme la corbata?

¿Quién habrá de escucharlos, Rey
Artero,
cuando las horas huecas
alarguen a mis pencas sus hocicos?
Nadie.
Nadie.

Pero entre los aperos de tus largos veranos,
¡oh Rey del Exterminio, seguirás
encontrando mis mensajes:
este es mi oficio.
Y esta fugacidad:
todo mi reino.

DISCURSO DEL MURO

Tan solamente un muro que separa
del país de los muertos

Hay noches que habitarán
en la mitad del muro
con un alambre buñado en la memoria
y si alguien colocara
la cucharilla leles de la mano
sería ya bastante

II

DISCURSO DEL HURAÑO

(1963)

DISCURSO DEL MURO

Tan solamente un muro nos separa
del país de los muertos.

Hay noches que habitamos
en la mitad del muro
con un alambre tumbado en la memoria,
y si alguien colocase
la cucharilla lejos de la mano...
sería ya bastante.

DISCURSO DEL LLANTO

Veces hay que se llora.
En dos trenzas de sal la frente cae.
Se llora hasta sentir las manos pálidas,
la memoria vacía y perfumada.

Lechos amargos, cálidos jardines,
ocultas frondas donde he llorado:
gracias por el bambú
de la cautela.

Agua del corazón, rocío de los años.
Deshielo del dolor amotinado.
Hiel del adiós. Collar del solitario.

Secos tus cauces, lejos
tu consuelo; y sin embargo
idénticos zarzales
ojos separan
del dichoso cielo.

DISCURSO DE LA CAMA

Ola de infancia
sobre el desierto
de la música.

Llanura del incendio enmascarado
donde el primer amor
su llanto tuvo; horno
de las plegarias,
frutero de las moscas
del infierno.

Veloz
oveja inmóvil
barcaza de ceniza
que el sol entre sus vientos
se llevaba.

Huerto donde me buscas,
jardín donde te espero,
piano donde se toca
tu cabellera veloz
primera sed
del ávido deseo;
última gentileza de la tierra.

DISCURSO DE LA MEMORIA

Felizmente, Memoria, te adelgazas,
en tus aguas se hunden los amores eternos,
la encíclica paterna bajo el olmo,
el crisantemo obscuro de la sabiduría.

Pero también en ti perduraciones:
el novato brincarse junto al río,
la hermosísima luna del Mantaro
descubriendo un instinto entre las piedras,
la tentación de azufre en las hipótesis,
la confianza de Jorge en su caballo.

Memoria, Desmemoria, giratoria
puerta del trejo
follador enano,
entre tus dos orillas me acomodo:
San Jadeo en la gruta de las sábanas,
San Hueso en el orar de los abonos.

¿A qué horcas, al fin,
mi Luis Veintiuno,
mis siete gatos,
napoleones solos?

DISCURSO DE LA CLARIDAD

Fuego en el fuego,
luz en el agua,
amor en el corazón:
jamás me abandonéis.

Cisternas que la luna rebalsara,
poderío extasiado de la nieve:
resplandeced en mí.

Tonada de los bosques:
acompasad, por siempre, mi alegría.

Y que sea mi muerte el espejo trizado
donde sigan ardiendo las arenas del día...

LOS BARBAROS

1

Chincha la Alta ha quedado atrás. Atrás Nazca, sudando ceras y vides y la caleta de San Andrés, donde corren los congrios a los huertos de zanahorias. Nuestros perseguidores parecen haberse desgranado, o bien se deducen por los paralelos de las banderas de los trupos, como sobre cuevas de varas o mujeres que giran con los vicios abiertos.

III

En la noche, eramos solos, protegidos por la amarilla respiración del desierto. En sus grandes labios, cuellos hacia el cielo, no lo odian por sus grandes labios, por sus grandes manos, ni por su sonrisa cuando danza. Ni sus odios a él por los senos que él toca como agua. Ni por su cabeza, sus brazos que sus piernas. Lo que ellos no pueden soportar es (1964) nuestro odio, nuestras ganas. Aquí estamos seguros en vez de luz, arena, y sobre ella un viento de lagartos.

Pero ya empieza un nuevo amanecer. El sol hacia sus tonidos agitados por el barro.

Vete, sé barbaro.

Es inútil, los sacuche acercará en el latido alegre de las perlas, mientras Fennia duda de su propia eucloña.

Ya todo se pierde. Cierro las piernas y los dientes. Los blancos apaciguan la jauría y extraen sus propias hermandades.

2

Sabi al Casbah cuando el albedo de la luz por el ojo de la aguja. En vano miramos y copulas sus sombras cortinadas.

LOS BARBAROS

1

Chincha la Alta ha quedado atrás. Atrás Nazca, sudando ceras y vinos, y la caleta de San Andrés, donde corren los canchales a los huertos de zanahorias. Nuestros perseguidores parecen haberse desgastado, o bien, seducidos por los parrales o las candelas de los brujos, roncan sobre cueros de vaca o mujeres que gozan con los ojos abiertos.

Es de noche, estamos solos, protegidos por la amarilla respiración del desierto. La cabeza de Fermín, con sus grandes labios, cuelga hacia el vacío. Sé que los blancos no lo odian por sus grandes labios, por sus grandes manos, ni por su sonrisa cuando danza. Ni me odian a mí por los senos que él toca como agua, ni por mi cabello, más oscuro que mis piernas. Lo que ellos no pueden soportar es nuestro amor, nuestro ocio, nuestras ganas. Aquí estamos seguros: en vez de luz, arena, y sobre ella un viento de lagartos.

Pero ya empieza un nuevo amanecer. El sol huele sus tobillos agriados por el barro.

Vete, sol baboso.

Es inútil, los escucho acercarse en el ladrido alegre de los perros, mientras Fermín duda de su propio cuchillo.

Ya todo se pierde. Cierro las piernas y los dientes. Los blancos apaciguan la jauría y extraen sus propias herramientas.

2

Subí al Casbah cuando el silbido de la luz por el ojo de la aguja. En vano minaretes y cúpulas sus sombras cantinelas:

el sol va derritiendo contrariadas materias y sus grasas asaltan a la Rue de Nemous.

En la calleja, sillas donde hablan de ánimas y nísperos los bebedores de café.

—¿De quién es el retrato?

—De Aliff, el que atendía la mesa seis (sus briznas) en el segundo turno...

—¡Ojos raros!

—Y la cangrena. Le contaré...

—¿Aliff?

—Aliff.

Y la grasa corriendo por los cintos de seda de Nemous...

—¡Algún día la sangre!...

—No te apures... el hilo del desierto se anuda en el desierto...

¿El Casbah de las hetairas y la mirra?

El Casbah vende tripas de ahijado.

—¡Tripas, tripas, tripas... a dos dinares, señor!

1

Su cabeza oscurecía la arena. Recorrimos los mínimos arroyos que cruzan el desierto y el crepúsculo nos hallaba desembocando en el mar.

A 38 millas de Ocucaje fundamos una pequeña ciudad que los halcones destruyeron: esa tarde, mientras veíamos las ruinas de Kaluba —así quiso nombrarla al trazar el ombligo de su única plaza— fue la última vez que sonreíamos.

Desde aquel día, mis únicos consuelos: el recibir su cuerpo y escaparme después a la planicie, nunca antes turbada por plegarias y orgasmos.

Es fingida la esperanza de vencer a la sed; fingida la esperanza de que perdiesen nuestra huella: falso sueño bajo esteras de miedo.

¡Qué bella estaba Orán esa mañana! Desde tempranas horas habían poblado sus colinas las garzas del Tarhit que semejaban traer en sus alas granos de sal caliente y, en el cansancio de sus ojos, la sofocante plenitud del desierto.

Un sol blanco lo penetraba todo, haciendo resaltar el aire oscuro de las casas moriscas apiñadas en lo alto del monte, allí donde se abrían los barrancos de moreras... mientras los chorlos. Mejor era mirar los limoneros o los pocillos con las pepas de dátiles, rezagos del largo desayuno. ¡Qué bella estaba Orán!

Hubiérase dicho —se dicen tantas cosas cuando hay un sol blanco, cuando en las botijas nadan las aceitunas, cuando las garzas agradecen el sopor, cuando pensamos eterna la hermosura del rostro— hubiérase dicho que los dedos se tocaban suavemente produciendo una música quieta que bajaba a las sandalias abandonadas en las puertas de las ermitas... mientras las esquilas. Mejor era mirar otra vez los limoneros, el humo de las cocinas, o los toldos, en los cuales un sol blanco... ¡Qué bella estaba Orán esa mañana! Esa mañana en que le quebraron el corazón, esa mañana en que la sangre... cuando la bombardearon los aviones.

Hace ya como treinta claridades que estoy enterrada en la duna. Toda aurora, viene hacia mí volando el gavilán y su pico cava, buscándome el corazón.

Con el último fuego se aleja: yo lo veo perderse en el cielo, guiado por el ojo de su codicia.

Sopla entonces el viento nocturno del desierto y su mano, habituada al silencio, restituye la arena a su nivel, borrando los estragos del ave carnícera.

Algún día —escúchalo —el pico cuyo tacto se afinó en la

constancia, desgarrará mi vestido. En ese instante tú, que a mi lado descansas bajo la misma duna, vuelve el rostro hacia el mar: no mires el rito que tan solo a nosotros...

2

Nosotros aquí, en Roma, vagamos bajo la luna como una manada de perros ansiosos, entre ruinas, desafiando la bocanada del estío. Las muchachas, desnudas en las ventanas, beben vasos de agua, mentas frías, recuerdos insoportables; mientras los hombres abandonan las tabernas guiados por sus sandalias calientes y el humo de las citas a lo largo del Tévere.

Yo camino entre estatuas y carruajes, friolento y solitario. Engullo caldos tibios y humeantes, rasgo quesos amarillos y porosos y también un vino espeso.

Ellos, por supuesto, me creen un loco despreciable y terrible. Su desprecio y su temor contra mi odio por una misma calle, en el sofoco de agosto.

¡Tenéis razón en despreciarnos y temernos! Acumulo saliva en mi boca para escupir vuestros mármoles, vuestros cuerpos sudorosos, vuestros códigos. Nada de manteles ni de frisos: basta. ¿No pidáis buenos modales a quienes fuimos enterrados en el adobe, la injuria y la ignorancia. Nada sabéis de nuestros dioses prudentes y pacíficos, corroídos por la bilis. ¿Qué sabéis de las ciudades que nosotros amamos?... nada, ni siquiera sus nombres. ¿Qué sabéis de nuestros ritos, de nuestros héroes fusilados, de nuestros cantos hermosos y repentinos, de los cactus colgados en las puertas temerosas, del arco iris en los ojos de los cuyes?

El calor devorante que en esta noche quema las canastas de flores, no cesará, ya no puede calmarse. No habrá otoño para ti, Europa. Ha empezado el siglo de las brasas. Nosotros no iniciamos esta historia sangrienta y es demasiado tarde para la hora del convenio. Ya ni siquiera la misericordia, la misericordia con sus alas, la misericordia con sus alas magníficas...

LAS ALONDRAS

Las alondras cantan mejor si están ciegas. Lo descubrieron los jesuitas durante la colonización del Paraguay e hicieron de ello un pingüe negocio.

Incontables alondras enceguecidas se llevaron los navíos al Viejo Mundo, con encantamiento de reyes y cortesanos.

Para quemarles los ojos, fueron seleccionados indígenas esbeltos y levemente melancólicos.

Hubo, sin embargo, quienes se opusieron tenazmente, sosteniendo, no con poca razón, que el maravilloso canto de las aves atraía los bajeles piratas hacia los galeones españoles.

Pero lo único que puso fin a la empresa fue la expulsión de los jesuitas, dictada por un tirano lugareño.

La medida, constituyó una tragedia para los cegadores de alondras que, con el transcurso de los años, se habían convertido en una secta enflaquecida y silenciosa. Aceleró su transformación el que vivieran aislados tras altas palizadas —en cuyo torno se crispaba la maraña— y la promesa de alcanzar el cielo por la virtud de su oficio.

Privada de su liturgia lastimera y de su ilusión extraterrena, la secta dio signos de un inequívoco extingüimiento. Y a extinguirse hubieran llegado sino descubren los mercaderes que, también otras aves, e incluso los humanos, mejoran la belleza de sus cantos una vez enceguecidos. Se iniciaron entonces las inteligentes cacerías. Pronto, se unieron a ellas perros y soldados que competían en crueldad y resistencia. Y cada vez en mayor número.

En terraplenes y descampados, las jaulas de aves y de hombres se balanceaban entre un chispeo de bayonetas.

Así nacieron los ejércitos y la noche en las llanuras... que un día los cronistas llamaron luminosas.

BIOGRAFIA DICTADA

“Pertenezco al fang del Gabón, cuya fama se extiende hasta Nigeria, y me llamo Igú. Cuando los hechiceros abrieron a mi abuelo, le hallaron en el vientre un cangrejo; pero creo que mi evur, a la cual los mambara dicen “alma”, ya se ha purificado, y en mi vesícula siento revolotear sus mariposas.

Debo sin embargo cuidarme de los mandingo, principalmente cuando estoy dormido y mi evur me abandona y emigra al Alto Volta, en donde fui feliz cuando tenía otro nombre y otro cuerpo que pertenece ya a las termitas.

Me casé muy joven, casi niño, y la misma noche de la boda comprobé que mi mujer tenía sombra clara: amaneció su sombra pegada a mis costillas y después era un contento verla en los helechos o cayéndole de los hombros casi sin ceremonia. Por eso estoy seguro que mi esposa, luego de los segundos funerales que han de conducirla lejos de la aldea, partirá hacia Manga, el paraíso, donde el propio sol es fresco y no se apaga.

Por mi parte, procuro cumplir con los ritos. En los días de desmonte, al derribar los árboles, dejo uno de pie, para que en él se refugien los genios que huyeron de los ramajes abatidos y, además, rindo mi adoración a las calabazas, pues fue en una de ellas —¿cuál sería?— que el Gran Tatarabuelo vino al mundo.

Amma, mi Dios, creó el sol y la luna modelando dos vasijas sin sonido: la una la cubrió de cobre rojo, la otra la cubrió de cobre blanco; y el mismo Amma hizo la tierra de arcilla: la tierra es mujer, su sexo es un hormiguero y una termitera es su clítoris.

Ya le dije que respeto los ritos: estoy preparado para la fiesta de mi muerte. Ese día, la Gran Máscara vendrá a visitarme, mientras gimen las mujeres en la darka; luego, los hombres armados asaltarán mi terraza y, ya en ella, recitarán letanías en la lengua secreta. Aplacada su furia por mi viaje, beberán

la cerveza de mijo, hasta que la luna y la ebriedad dispersen en la noche el batir de las lanzas.

De un tiempo a esta parte los profetas, seguidos de hambrientas caravanas, han cruzado mi país hablando de Jesús.

Uno de ellos llámase Aké, quien, además de su elocuencia, hace a sus fieles comulgar con pernod.

Otro era blanco, y tenía por nombre Garrick Braid; supo de la prisión por insolente y una noche en que dormía al lado de su amigo, un rayo lo mató.

Samson Opón, un ashanti, se convirtió en presidio. Al recuperar las piernas predicó las doctrinas del Cristo y del fuego azuloso, e invencible hubiese sido si sus adversarios no consiguen una tarde que bebiese mal alcohol, lo cual le hizo enloquecer y maldecir a su madre.

Pero tal vez ninguno fue más influyente que el profeta Adaé, venido de Galicia, cuyo rígido código rezaba: "Tu ne squanteras pas la plantation de ton prochain. Tu ne forceras pas une femme couche avec qu'elle ou sans la payer", o sea, "No dañarás la plantación de tu prójimo. No poseerás a una mujer por la fuerza y sin pagarle".

Vinieron así mismo, desde Arizona, predicadores en blullín, que uniendo tambores y guitarras entonaban cantos litúrgicos en contra de los impuestos y los colonos. A ellos se unió un poeta, jovenzuelo todavía, llegado de París, a quien yo conocí, André Matswa. Las tropas lo subieron en un aeroplano y lo dejaron caer desde lo alto sobre los bosques de Ubanguí.

Yo, aferrado a mis dioses antiguos, alzó los hombros y dudo. De algo tengo, sin embargo, certeza, la mayor de las certezas: no puedo existir sin la eternidad; pero la eternidad, tampoco, puede existir sin Igú".

ABEL

¿Quién es Abel?

preguntan los lectores.

Abel sonríe. Y los lectores creen.

IV

ABEL ENTRE LOS FIELES

(1965)

Abel sonríe al oírse así decir: "Abel".
Sonríe al oírse así decir: "Abel".

IV

ABEL ENTRE LOS FIELES

(1962)

*¿Es éste un ensayo de guerra civil,
o es la guerra civil misma?*

ABEL

¿Quién es Abel?
preguntan los oscuros.
Abel sonríe. Y los oscuros arden.

II

Debería estar triscando
yerbecillas con los dientes
mientras la luz de la mañana avanza
sobre las conejeras miradoras.

Más allá de las islas,
en el cono iluminado de la tierra,
corre un niño a los parques
o vuela bajo el techo del invierno
la carta que mañana
tenderá sobre el pasto a los amantes
(nosotros vamos solos
en el carro
conduciendo a la muerte
y a sus tías de araña:
mi amigo fuma
y por momentos
canta).

YO NO IRIA

Así tú me llamas
desde alguna colina
labrada por el peso del crepúsculo;
desde tu lecho,
inexplicablemente pegado a la ventana,
así tú me llamas. . .
(Sin embargo es tu ausencia
el lugar al que viajo
cuando cierro los ojos
y las músicas se abren)

TIEMPO ARDIDO

Antes,
en la época con aspas de molino
dormitando en acuarelas,
hablábamos de los años decisivos
en cuyo fondo hallábase el oráculo,
los oleajes cortados en reflejos precisos
y el erizo viviente de los amos muertos.

Los tiempos han llegado
¿dónde están
las zurcidas soledades
y la chispeante lengua del oráculo?

Ahora, sagitario,
únicamente el miedo
descorcha las botellas.

LINAJE

Mi mal
o buen señor
tatarabuelo
—espada secretísima—
de los fines de siglo
hasta la coronilla
y que al morir soñaste,
con asco y con orgullo,
haber vivido el día
del relámpago:
¿qué pensarás ahora?

Ahora no se trata,
polvísimo señor,
de las guerras del té
en Filadelfia,
de la balanza fiel de la linaza,
de los impuestos que los reyes ebrios
católicos y hepáticos
protegieron con largas carabinas.
Ya no son
singulares capitanes,
ni caciques severos,
los que hincan
el lienzo de la duna
por defender ajuares
y mojones.

Hoy somos todos,
muertos y carnívoros,

trepando la colina de la guerra:
tu sombra flaca de notario
sube
y juntos vamos:
yo
sanguíneo mortal
de piedra en piedra;
tú,
huesudo señor,
de nube en nube.

ROTACION

Pudiese ser que Abel
dijera un día:
la soledad es bella
como el volar
de los primeros ángeles.

Hoy,
calla Abel:
los fusilados
hieden en el aire.

PANFLETO DE LA SOLEDAD

(1966)

DE LA LITURGIA

El sé tu piel,
el yo existencias,
Hacían bandadas de rocas
en la placenta gris de la ciudad.
Nosotros detenemos
la fábula del milagro
sus acúbenos bestiales.

V.

En tanto

PANFLETO DE LA SOLEDAD

los asientos ocupan sus asientos
en el orden de las grandes bayonetas

(1966)

DE LA LITURGIA

Si ni tu piel,
ni yo, existiéramos,
lloverían bandadas de rosas
en la placenta gris de la ciudad.
Nosotros detenemos
la fusión del milagro,
sus aceites beatíficos.

En tanto
que te amo
y me amas
los asesinos ocupan sus asientos
en el orden de los grandes banquetes.

POESIA

En los trenes nocturnos
he oído
tus palabras secretas, Poesía.
Pero llegada la mañana,
al descender en raudas estaciones,
tus mensajes huían:
tornaba a ser el ávido viajero
de vacíos estantes
colmados por la yedra

VERSUS

Si en las noches
 tengo un cuchillo al alcance de mi mano,
 no es por cobardía:
 significa mi deseo de luchar
 hasta que la sangre
 o el amor
 decidan
 si Capablanca o yo escupimos el tablero.

LAS TRES INSTANCIAS

Plúgome devorarte.
Plúgome hacer contigo
lo que los grandes reyes
hacen con los sumisos:
enviarlos a la guerra
y luego predicar sobre sus huesos.

Después...
sentí satisfacción al humillarme
bajo de tus aletas.

Ahora, sagitaria,
todo parece una historia lejana
y,
educadamente,
bostezamos en la Sala de Sesiones.

INDICE GENERAL

INFORME AL REY

Machu picchu	13
Nata Natal	14
Confidencia	15
Lima, ciudad de Lima	17
Fe, esperanza y caridad	19
A la orden	21
Cántico del orondo	22
Jota	24
Gastronomía	26
Predios del Rey	27
Derecho a voto	28
El cepo sublevado	29
Dinastía	31
Liebre de madera	32
Heredad	34
Tuerzo, luego existo	36
Escribano en la balanza	37

DISCURSO DEL HURAÑO

Discurso del muro	41
Discurso del llanto	42
Discurso de la cama	43
Discurso de la memoria	44
Discurso de la claridad	45

LOS BARBAROS

Los bárbaros	49
Las alondras	53
Biografía dictada	54

ABEL ENTRE LOS FIELES

Abel	59
Yo no iría	61
Tiempo ardido	62
Linaje	63
Rotación	65

PANFLETO DE LA SOLEDAD

De la liturgia	69
Poesía	70
Versus	71
Las tres instancias	72

CMB  **EDICIONES**

CARATULA: N. NUNES.